

REGIONES..., NACIONALIDADES..., FUEROS.

CON LA PALABRA FUEROS

Dícese que en una sociedad justa y animada de fervor hasta los vicios de sus miembros pueden aprovechar para el bien conjunto, al paso que en una sociedad injusta y corrompida las mismas virtudes de sus miembros resultan estériles o aun aprovechan al mal. Esto es consecuencia del profundo condicionamiento social del hombre, que —al decir de Aristóteles— es social por naturaleza, «animal político» o social.

En un pueblo gobernado con justicia y animado por una fe común, las virtudes de sus ciudadanos se ven exaltadas y se potencia su fecundidad por el eco ambiental que encuentran, por la claridad de sus objetivos, por el respaldo que les ofrece la autoridad, por la atmósfera de entusiasmo y ejemplaridad que respiran. Incluso algunos vicios o defectos como la rudeza o la temeridad de algunos miembros se transforman en virtudes de soldado, en intrepidez castrense al servicio —necesario y disciplinado— de nobles causas. Así fueron los condicionantes colectivos de cuantas edades doradas conocieron los pueblos y las civilizaciones.

Los países, en cambio, que se ven dominados por la corrupción o el descreimiento —o torpemente gobernados—, no sólo agostan o desalientan la virtud de los suyos, sino que la ponen frecuentemente al servicio del mal, al paso que exaltan los vicios y los multiplican.

Tal es el caso del momento histórico que nos ha tocado vivir. Entre un estallido de pasiones y deslealtades a todos los niveles, surge alguna tendencia que, en sí misma considerada, sería buena y constructiva. Por ejemplo, esto que —con

término impreciso— se llama «regionalismo» o reviviscencia de los países históricos, en su lengua, sus instituciones, sus viejas leyes y costumbres. En un clima general sano y gobernado se trataría de movimientos esperanzadores por cuanto entrañan de amor a lo propio, de «pietas» o piedad patria, de auténtica renovación «participadora».

Sucede justamente lo contrario en un ambiente de decadencia y anarquía moral, como es bien patente. La virtud aprovecha al mal o se convierte en vicio. El amor de lo propio se torna en odio a cuanto exceda de unos límites estrechos, aunque se trate de realidades también propias y venerables, tal vez de la recta culminación de ese mismo amor. La renovación en pluralidad de impulsos vitales de la patria común se transforma en disgregación de ésta; el sano orgullo de lo propio, en abjuración traidora de lo que nos une y exalta para ponerlo finalmente al servicio de cuanto disuelve toda noción de patria, la pequeña y la grande.

El único regionalismo auténtico, viable y necesario en España se llama foralismo. Nuestros antepasados comprendían muy bien este término, aunque no supieran definirlo: hoy casi nadie lo conoce. Ellos lucharon siempre por conservar su propio fuero, sin perjuicio de la profunda unidad y de la expansión universal de las Españas.

La palabra fuero procede del *forum latino*, y vino a significar en nuestra Edad Media jurisdicción de un tribunal o ámbito de una autonomía. Como ha escrito Sardina-Páramo, «en terminología jurídico-política se distinguen dos acepciones: abstracta y concreta. La primera se liga a la idea de foralidad

como legislación pactada procedente de autonomía de los grupos sociales básicos. La segunda se vincula a los cuerpos legislativos españoles tradicionalmente conocidos por tal nombre».

Quizá no exista ninguna legislación ni orden político concreto más profundamente emanado del pueblo en su auténtico sentido ni más arraigado en éste que el foral. Si entre el ámbito de la moral personal y el orden jurídico se extiende una amplísima realidad que es la costumbre (las buenas costumbres, hábitos colectivos), susceptibles de transformarse en leyes, el pacto foral es precisamente el paso histórico en que la costumbre se torna ley. Ley o cuerpo legal que conserva, en su inmensa variedad localista y en su sabor ancestral, el doble carácter de su origen popular y la respetabilidad del pacto de honor y de la autoridad regia que lo sancionó. De aquí que el tradicionalismo sintetice en la palabra Fueros lo que se ha llamado «soberanía social» y lo que hoy se conoce en política como principio de subsidiaridad.

El origen de los ordenamientos forales se encuentra... duda, en los fueros municipales. Como nacidos de costumbres medievales, se descubre en ellos como características comunes: la presencia continua de la fe cristiana, la defensa de la familia como unidad y continuidad natural, un subyacente principio de autonomía diferenciada y patrimonial. El sujeto y la extensión de los fueros han sido muy varios: municipales, comarcas, de países históricos, estamentales, corporativos, etc. En todo caso, el fuero era lo que el rey reconocía como derecho adquirido de esos sujetos y lo que juraba guardar y acrecentar. Era también lo que, como patrimonio colectivo, conservaban los distintos pueblos peninsulares y a cuyo respeto e integridad condicionaban el juramento a sus nuevos reyes o señores naturales. De aquí que, bajo su aspecto estrictamente conservador o incluso «retrógrado», la mejor promesa de reivindicación foral o regional se encuentre en el Testamento Político de Don Alfonso Carlos, último descendiente directo de la legitimidad carlista, muerto en 1936; concretamente en el punto 5.º de las normas intangibles a que deberá someterse su Sucesor: «Los principios y espíritu, y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo ^{anterior} al mal llamado derecho nuevo».

La pérdida del régimen foral, a